

# LOS GRANDES DE CÓRDOBA



Por: José María Rey Díaz.-Cronista de la Ciudad



LOS GRANDES

DE

— CÓRDOBA —

# GÓNGORA

**D**ETÉN tus pasos, niño, ante una casa de aspecto antiguo que hay en la alegre plazuela de la Trinidad, y lee con cuidado y copia con esmero la inscripción de una lápida de mármol blanco que, fija en la fachada de esa casa, dice que murió en ella

.....

EN 23 DE MAYO DE 1627

EL CÉLEBRE POETA CORDOBÉS

DON LUÍS DE GÓNGORA

Y ARGOTE.

.....

.....

Recuerda si antes de ahora has oído nombrar a este Don Luís, paisano tuyo, hombre célebre, porque fué ge-

nia! poeta; si sus apellidos te son conocidos porque los viste escritos como rótulos en dos calles de los barrios altos de la ciudad; si alguien te ha dicho que sus huesos paran en una obscura capilla de nuestra Catedral; recuerda, en fin, si has leído u oído leer, en alguna ocasión, versos de los que, con gracia inimitable y con elegancia no superada, escribió, inventó, este cordobés ilustre.

Mas, ante todo, dí: ¿sabes lo que son versos?, ¿sabes también quién merece el nombre de poeta y de poeta célebre?

El verso, la poesía, es el lenguaje medido que suena como música, deleita a quien lo lee y a quien lo escucha, conmueve el corazón. Quien escribe en verso y lo hace con elegancia, exponiendo ideas elevadas, pensamientos nuevos, por medio de invenciones ingeniosas, ese es poeta.

Pues, bien: Góngora, Don Luís de Góngora y Argote, agraciado por Dios con envidiable talento y facultades singulares para escribir en verso, para inventar poesías, ha sido el más notable, el excelso poeta de tu tierra, y Córdoba, cuya maternidad gloriosa envidian las demás ciudades del mundo, no ha recibido menos lustre y honor de este hijo suyo, de quien te hablamos, que de los otros insignes: Séneca, Lucano, Osio, Don Gonzalo el invencible... Mira, pues, si te puedes sentir orgulloso al llamar a Góngora tu compatriótico. Como que al cabo de trescientos años que se cumplen ahora de

su muerte, en toda España, y en muchas naciones de las que al otro lado de los mares hablan tu mismo idioma, se siente viva admiración por el clarísimo poeta, se le estudia, se lee su obra, y se hace de ella caluroso elogio.

¿Te va interesando ya saber quien fué y qué hizo este cordobés preclaro?

¿Quieres que te digamos cómo era don Luís y en qué consistía el mérito de sus escritos?

Escucha:

Era el poeta, a la edad en que nos lo pintan, hombre de proporcionada estatura, de color moreno; el rostro aguileño, es decir: largo y delgado; sus ojos grandes, de mirar severo y penetrante; su nariz afilada y corva; amplia y abultada la frente; descarnados los pómulos; la boca chica y hundida, y saliente la barbilla. Si miras algún dibujo, estampa o cuadro que a Góngora retrate, comprobarás cuanto te decimos. Y no te extrañe que se le represente vestido de hábitos sacerdotales, pues que desde muy joven era clérigo, esto es: había recibido las primeras Ordenes sagradas para gozar de ciertas rentas que asegurasen su decorosa sustentación, aunque no recayó sobre él la plenitud del sacerdocio, más claro, no fué Presbítero, no estuvo ordenado para decir Misa hasta diez años antes de su muerte.

Oye ahora algunos pormenores interesantes de la niñez y de la juventud del poeta.

De padre docto y madre virtuosísima—ilustres y

nobles uno y otra—nació don Luis hace ya trescientos sesenta y cinco años, en una casa principal que correspondía de seguro, a las que ahora puedes ver señaladas con los número 9 y 11, en la antigua calle de las Pavas.



Siempre que recorras esta calle, o pases por la plazuela de las Bulas o por el Campo Santo de los Mártires, o atraveses la Huerta del Rey, piensa que aquél fué el

escenario de sus juegos y diversiones. De ellas quedó memoria en el romance en que Góngora recordaba sin duda los días de su niñez alegre y bulliciosa:

Hermana Marica,  
mañana, que es fiesta,  
no irás tú a «la amiga»,  
ni yo iré a la escuela.

.....  
.....

Y en la tardecica,  
en nuestra plazuela,  
jugaré yo al toro  
y tú a las muñecas.

.....  
.....

Y en punto a travesuras, sábese de una que pudo costarle la vida; y fué el caso que, cuando iba con

otros muchachos de su edad, sobre la muralla que todavía vemos desde la Casa de las Pavas hasta la Puerta de Almodóvar, corrió y saltó sin tino, cayendo desde la altura y abriéndose la cabeza. Tan grave fué su daño que los médicos le dieron por muerto y sanó de milagro.

Imagínate al jovenzuelo despejado y listo. Tan claras muestras de talento dió desde la primera edad, que causaban asombro, aun a las personas más instruídas, las ocurrencias del futuro poeta. «*Oh que gran ingenio tienes, muchacho*»—le dijo en cierta ocasión, admirado, el sabio cordobés Ambrosio de Morales.

¿Donde se educó Góngora, nos preguntas?

Primero en Córdoba, y más tarde, cuando cumplía quince años y ya era clérigo, en Salamanca, en cuya famosísima Universidad se recibían las lecciones de los mejores Maestros de aquél tiempo. Y no fué ciertamente en el estudio de las Leyes—al que se le encaminaba—en lo que sobresalió; antes bien, habíase despertado en él gran gusto por la Música y desmedida afición a escribir en verso. En Salamanca se acreditó como poeta y su nombre, a partir de aquellos días, comenzó a ser pronunciado con admiración y aclamado con respecto.

¿Qué fué luego de este cordobés singular? Ocupó un puesto de mediana categoría en nuestra iglesia mayor: ejerció en la Catedral el oficio de Racionero, cargo por el estilo, aunque más modesto, del que desempeñan los canónigos.

¡Si le hubiésemos conocido cuando paseaba por el Patio de los Naranjos o cuando conversaba con sus compañeros de clerecía ante el Arco de Bendiciones! ¡Cómo sabríamos que cumplía a maravilla los deberes de su ministerio; que desempeñaba felizmente toda comisión difícil que el Cabildo le encomendara, y que para realizar delicados encargos que fuera de Córdoba se le confiaron, viajó por España, y en todas partes se hizo famoso, granjeándose el aprecio de las gentes en los más apartados pueblos y regiones! Sa-



briamos que era afable y cortés, alegre y galano, donoso en las burlas, satírico y festivo; que vestía con lujo; que era aficionado a las comedias y que entendía de caballos; pero que ante todo y primero que todo era poeta.

De continuo hallaba pretexto en los sucesos que le impresionaban para componer versos sentidísimos,

para comunicar a los demás el efecto que las cosas y los hechos producían en su alma de artista; y su exquisita sensibilidad expresaba en admirables estrofas ya la emoción sentida ante las hazañas y victorias de las armas españolas, ya la grandeza de las villas y pueblos que visitaba, ya la aparición de un libro o de un poema nuevos, ya en fin cualquier ocurrencia,

al parecer trivial, que presenciara. Siempre hablando en verso. En verso elogió en vida y lloró en muerte a sus amigos; en verso ridiculizó las flaquezas de sus conocidos; en verso combatió costumbres y vicios de su época, y fustigó a sus adversarios; en verso ensalzó virtudes y reflejó sus fervores íntimos. Del verso fácil y armonioso, se valió igual para componer comedias de enredosa trama, que para cantar inspirado y fervoroso, lleno de ternura, a la Virgen María y al Sacramento del Altar. Siempre con gracia y donaire, con sencillez elegante y delicadeza sin igual.

¿Quieres, muchacho, saborear alguna de sus composiciones?—¿Conocías antes de ahora versos de Góngora?—Por ejemplo, aquellos que dicen:

Andeme yo caliente  
y riáse la gente.

.....

o el romance que principia de este modo:

Amarrado al duro banco  
de una galera Turquesca,

.....

.....

Más si nunca has buscado en la lectura las poesías mejores de Don Luís, su lenguaje vivo, su música armoniosa, su pintura vigorosísima, ya tendrás ocasión en estos días, en que celebramos al compatriota favorecido de las Musas, de deleitarte con sus letrillas y sus romances, sus décimas y sus sonetos.

Aquí te ofrecemos, una ligera muestra:

Aprended, flores en mí  
Lo que va de ayer a hoy,  
Que ayer maravilla fui,  
Y sombra mía aun no soy.

La aurora ayer me dió cuna,  
La noche ataud me dió;  
Sin luz muriera, si nó  
Me la prestara la luna.  
Pues de vosotras ninguna  
Deja de acabar así,

Aprended flores en mí, etc.

Consuelo dulce el clavel  
Es a la breve edad mía,  
Pues quien me concedió un día,  
Dos apenas le dió a él;  
Efímeras del vergel,  
Yo cárdena, él carmesí.

Aprended flores en mí, etc.

Flor es el jazmín si bella,  
No de las más vividoras,  
Pues dura pocas más horas  
Que rayos tiene de estrella;  
Si el ambar florece, es ella  
La flor que él retiene en sí.

Aprended flores en mí, etc.

y... así sigue esta conocidísima letrilla.

Mas ya la leerás completa. Analiza ahora el sentir sublime de esta otra en que hace el poeta, hablar al Buen Pastor, y aludir a la Redención y a la Eucaristía:

Oveja perdida, ven  
Sobre mis hombros, que hoy  
No solo tu Pastor soy,  
Sino tu pasto también.

Por descubrirte mejor,  
Cuando balabas perdida,  
Dejé en un Arbol la vida,  
Donde me subió el amor;  
Si prenda quieres mayor,  
Mis obras hoy te la den.

Oveja perdida, ven etc.

Pasto al fin hoy tuyo hecho,  
¿Cual dará mayor asombro,  
El traerte yo en el hombro,  
O el traerme tú en el pecho?  
Prendas son de amor estrecho.  
Que aun los más ciegos las ven.

Oveja perdida, ven etc.

¿Verdad, que es admirable?

¿Pues y el lindísimo soneto «Vana rosa»?

Ayer naciste, y morirás mañana.  
Para tan breve ser, ¿quién te dió vida?  
Para vivir tan poco estás lucida,  
¿Y para no ser nada estás lozana?

Si te engañó tu hermosura vana,  
Bien presto la verás desvanecida,  
Porque en tu hermosura está escondida  
La ocasión de morir muerte temprana.

Cuando te corte la robusta mano,  
Ley de la agricultura permitida,  
Grosero aliento acabará tu suerte.

No salgas, que te aguarda algún tirano;  
Dilata tu nacer para tu vida,  
Que anticipas tu ser para tu muerte.

¿Y éste en que Góngora canta a su patria, que es la nuestra, al volver de una larga estancia en Granada?

«A la ciudad de Córdoba y su fertilidad»

¡Oh excelso muro! ¡Oh torres coronadas  
De honor, de magestad, de gallardía!  
¡Oh gran río, gran rey de Andalucía,  
de arenas nobles, ya que no doradas!

¡Oh fértil llano, oh sierras levantadas  
que privilegia el cielo y dora el día!  
¡Oh siempre gloriosa patria mía,  
tanto por plumas cuanto por espadas!

Si entre aquellas ruinas y despojos,  
que enriquece Genil y Darro baña,  
tu memoria no fué alimento mío,  
nunca merezcan mis ausentes ojos  
ver tu muro, tus torres y tu río,  
tu llano y sierra, ¡oh patria, oh flor de España!

Pero acabemos, niño, la historia de nuestro personaje:

Un día pensó Don Luís, ante el aprecio que en la Corte del Rey se hacía de sus versos, que con ellos podría granjearse algún cargo, alguna ocupación productiva, que mejorase la situación de su bolsa, casi siempre vacía, y logró ¿como nó? el afecto del Monarca, la estimación de la Reina y la amistad de los nobles y de los potentados; más al cabo de mucho pretender un puesto, sólo alcanzó el de Capellán de Su Magestad. Y a Madrid se trasladó y en la vida bulliciosa de la Corte y en el trato con los Poetas cortesanos (Quevedo, Lope de Vega y otros), en el favor de los allegados al Trono pasó el resto de su

existencia, hasta que, viejo y enfermo, cansado de constantes luchas — motivadas por haberse tornado en ocasiones su modo de escribir, de claro, sencillo y elegante en artificioso y obscuro, y ser ello motivo de disputas y controversias entre sus amigos y sus adversarios—,



volvió el poeta a su casa de la plazuela de la Trinidad, oprimido por la desgracia y por la amargura, tan falto de fortuna como de salud. Y en una tarde primaveral, se abrió la cárcel de su cuer-

po, para que su alma traspusiera los umbrales de la eternidad, envuelta en el perfume de las rosas de Mayo, que no en otra ocasión había de morir el genio que tanto había cantado a las flores.

Tomando pié de la fecha de esta muerte, en tu ciudad, niño, van a celebrarse fiestas en honor y en memoria del gloriosísimo poeta. Sus versos en estos días van a ser releídos por todos los cordobeses amantes de las Letras. A tus manos llegarán libros y hojas preciadas que te den a conocer a tu paisano. Y, para que estés preparado a honrarle y venerarle, se te dedican ahora por el Ayuntamiento de tu pueblo estos renglones.

Pasa tus ojos por ellos con afán de saber, pregunta a tus Maestros lo que por tí mismo no entiendas; y cuando te hayas impuesto de lo que vas leyendo, sen-

tirás en tu pecho generoso orgullo, legítimo: el de haber nacido aquí; el de que tu madre, Córdoba, haya sido madre también de Don Luís de Góngora y Argote, del hombre genial a quien con razón se tiene por uno de los mejores poetas del mundo, a quien con justicia se llama: «PRÍNCIPE DE LOS POETAS ESPAÑOLES».



A los niños de las Escuelas de  
Córdoba. - Obsequio del Exce-  
lentísimo Ayuntamiento de la  
Ciudad en el año en que se  
cumple el III Centenario de la  
- - muerte del poeta - -  
1627 — 1927

